

Presencia cubana en la lucha de las Trece Colonias

Autores

Darián Eloy Fernández Martínez. Estudiante de 5to año de Medicina. Alumno ayudante de Neurocirugía.

Indara Martín Orta. Estudiante de 5to año de Medicina. Alumna ayudante de Cirugía.

Lianelis Abascal Yero. Estudiante de 5to año de Medicina. Alumna ayudante de Imagenología.

Tutor

Luis Enrique Estrada. Licenciado en Historia y Ciencias Sociales. Máster en Ciencias. Profesor Auxiliar.

Universidad de Ciencias Médicas de La Habana Instituto de Ciencias Básicas y Preclínicas ICBP Facultad: ``Victoria de Girón``

Resumen

Los enfrentamientos entre Inglaterra, Francia y España adquirieron en el siglo XVIII especial relieve en la rivalidad por el dominio de las rutas mercantiles y de los territorios americanos. Las luchas por el control del Nuevo Mundo, y en especial del Caribe incluirían, fundamentalmente, las operaciones de gran envergadura de los ejércitos y armadas de los Estados en guerra. Entre las confrontaciones militares más notables del siglo está la de Independencia de las Trece Colonias Inglesas de Norteamérica (1776-1782). Con el objetivo de describir la contribución cubana a la independencia de las Trece Colonias se realizó una consulta de la bibliografía relacionada con el tema. Se concluyó que durante los años de guerra surgió una ayuda incondicional desde un pueblo americano -el cubano- hacia otro -el norteamericano-, determinante en la culminación victoriosa del proceso.

Palabras clave: Cuba, trece colonias, independencia.

Introducción

En las guerras imperiales del siglo XVIII, de lo que se trataba era del dominio de las rutas comerciales, de los territorios productores de materias primas para la manufactura y las necesidades de las emergentes ciudades europeas y de la búsqueda de potenciales consumidores de sus mercancías, fundamentalmente, de esclavos y manufacturas.¹

Después del tratado de Ryswick (1697), suscrito a fines del siglo XVII, entre las principales potencias europeas, la pugna planetaria quedó centrada entre Francia, la potencia continental, e Inglaterra, la marítima. Esta última había concentrado su estrategia en el dominio de los puntos claves del comercio mundial y aspiraba, más que a un extenso imperio territorial, como el español, a un sólido dominio comercial y, a través de este, al control de las materias primas y de las producciones de diversas partes del mundo.¹

Los enfrentamientos entre Inglaterra, Francia y España adquirieron en el siglo XVIII especial relieve en la rivalidad por el dominio de las rutas mercantiles y de los territorios americanos. Las luchas por el control del Nuevo Mundo, y en especial del Caribe, ya no solo serían ataques aislados de corsarios y piratas, sino que incluirían, fundamentalmente, las operaciones de gran envergadura de los ejércitos y armadas de los Estados en guerra. Entre las confrontaciones militares más notables del siglo estarían la Guerra por la Sucesión Española (1702-1713), la conocida con el nombre de Oreja de Jenkins (1739-1748), la de los Siete Años (1756-1763) y la de Independencia de las Trece Colonias Inglesas de Norteamérica (1776-1782).

De la confrontación por la sucesión española, surgió la alianza franco-hispana, al asumir el trono ibérico el nieto del rey francés Luis XIV, Felipe de Anjou, con el nombre de Felipe V. Se inició así la dinastía borbónica en España y, a tenor de ella, se firmaron los llamados pactos de familia o alianzas entre los reyes franceses y españoles. Desde el principio, este convenio fue dirigido contra la creciente hegemonía británica en los mares. A su vez, los británicos encaminaban

sus acciones hacia aquellos puntos de la geografía planetaria que le fuesen esenciales para el dominio del comercio.

Un golpe fundamental recibió España cuando los británicos se apoderaron de Gibraltar, boca del Mediterráneo, lo que les permitió el control del comercio en ese mar fundamental que asocia Europa con África y Asia. Tomada la llave del Mediterráneo, Gibraltar, el almirantazgo británico deseaba la otra llave, la del Nuevo Mundo, La Habana. De modo que buscaron un pretexto aparentemente sin importancia para declarar nuevamente la guerra a España, ahora movidos por los intereses coloniales americanos. Su justificación fueron las actividades de los corsarios españoles y criollos contra el comercio y las posesiones británicas.

La paz pactada en Aquisgrán (1748), fue, simplemente, una tregua que sirvió para los preparativos de una nueva contienda. Ocho años después, en 1756, estallaba la llamada Guerra de los Siete Años, entre Francia e Inglaterra. Era evidente, para esta última, que España se uniría a Francia en la contienda. En enero de 1762, y a tenor de la firma por las potencias rivales del tercer Pacto de Familia, Inglaterra, que ahora llevaba la mejor parte en la contienda, le declaró la guerra a España. Sus ojos estaban puestos en La Habana, la llave que abría las puertas del Nuevo Mundo.

El 12 de agosto de 1762, a los dos meses y seis días de asedio, capituló la ciudad pese a la oposición de muchos de los jefes de las milicias. El resultado de la Guerra de los Siete Años no pudo ser mejor para estas aspiraciones imperiales. El rival principal de los británicos, Francia, desapareció como potencia americana. En Norteamérica, perdió sus grandes posesiones, el Quebec, todas las regiones que ocupaba en las márgenes del Mississippi-Missouri y la Louisiana; solo le quedaron dos pequeñas islas rocosas, Saint-Pierre y Miquelón, y otras tres en el Caribe, parte de Saint Domingue, Martinica y Guadalupe. España, a su vez, le entregó a Inglaterra la Florida y recibió de Francia como compensación la Louisiana. El ataque inglés a La Habana trataba de lograr el dominio del puerto y la ciudad que constituían el centro mismo del comercio español entre el Nuevo Mundo y Europa. Tal como lo habían hecho en Gibraltar, de lo que se trataba era de un control

geopolítico que desarticulaba los recursos coloniales de la metrópoli hispana. Casi un año después en cumplimiento de la cláusula 19 del Tratado de Versalles, el 8 de julio de 1763, partían las naves inglesas del puerto de La Habana.¹

Las relaciones entre el subcontinente norteamericano y la colonia española de Cuba empezaron a comienzos del siglo XVIII mediante contactos comerciales ilegales entre las colonias europeas del "Nuevo Mundo", tratando de eludir los impuestos coloniales. A medida que el comercio legal e ilegal se incrementaba, Cuba se convirtió en uno de los puntos relativamente más próspero de la región, y un importante centro de producción de tabaco y azúcar. Durante este período se incrementó el flujo mercantil de Cuba a los puertos de América del Norte, estableciéndose acuerdos comerciales que duraron varios años.²

En los momentos en que se inicia el proceso independentista en las Trece Colonias en 1775, ya existía toda una tradición de las relaciones comerciales entre estos territorios y la isla de Cuba. De esta manera, entre la oligarquía habanera y los comerciantes de las Trece Colonias se establecieron estrechos nexos de intercambio comercial. Nexos que defendieron con pujanza ante cada intento de la Corona Británica de limitarlos, convirtiéndose dicho conflicto en una de las causas del movimiento independentista.³ Las ansias de independencia de los norteamericanos junto al apoyo de franceses, españoles y sobre todo cubanos, lograron el desplazamiento de Inglaterra, al mismo tiempo, de muchos de los enclaves determinantes que hasta entonces ocupó en el Caribe.⁴

Es una ayuda de la que poco se habla, nada se dice acerca de esta en una voluminosa Reseña de la historia de los Estados Unidos preparada por el Departamento de Estado de Washington y que obsequian embajadas y consulados norteamericanos en el mundo.⁴

A ya más de 2 siglos del nacimiento de los Estados Unidos, continúa en riesgo de olvido el papel que muchos habitantes de esa isla tan cercana desempeñaron. El poco conocimiento de la participación de cubanos en la lucha libertadora de las Trece Colonias, es el problema que motiva la realización del trabajo.

Objetivo general

Describir la contribución cubana a la independencia de las Trece Colonias.

Desarrollo

El desarrollo de un complejo sistema de relaciones comerciales entre La Habana y los comerciantes y negreros de las Trece Colonias encontró una amplia base de intercambio en la década de 1760-1770. La materia prima fundamental en la fabricación del ron eran las mieles finales del proceso de elaboración de azúcar. Desde el principio, las Sugar Islands británicas fueron las abastecedoras de los fabricantes de Norteamérica, pero hacia la década de 1760 tuvieron una merma en su producción. Por el contrario, las colonias antillanas francesas y españolas se vieron favorecidas y otorgaban facilidades a los mercaderes de Norteamérica. Estos últimos incrementaron el comercio con las colonias hispanas y francesas, en detrimento de las posesiones inglesas del Caribe. A la vez, los traficantes entre las dos regiones traían a Cuba importantes cargamentos de esclavos adquiridos con el ron fabricado en Norteamérica con melaza de los ingenios cubanos o implementos para éstos a bajos precios. De este modo, el intercambio comercial entre las dos regiones crecía, dentro de la contradicción entre sus respectivas metrópolis e independiente de ellas, como una relación bilateral mutuamente beneficiosa.⁵

Justamente en el año 1764, cuando en Cuba se llevaba a cabo un profundo proyecto reformista que implicaba la apertura oficiosa al comercio con los barcos de bandera inglesa, la mayoría de ellos procedentes de Norteamérica, Inglaterra pone en vigor la Sugar Sudes Act, que retomaba lo formulado con anterioridad por la Molasses Act. Según sus disposiciones, quedaría cortado el comercio de mieles entre las Trece Colonias y las Antillas hispanas y francesas. La decisión británica originó un serio conflicto entre los colonos de Norteamérica y el gobierno de Londres. Desde comienzos de la década de 1770 los sistemas de espionaje español y francés venían obteniendo importantes informaciones acerca de los acontecimientos en las colonias inglesas de Norteamérica. Al estallar el conflicto en 1776 el ministro español José de Galver ordenó al gobernador de La Habana,

Marqués de la Torre, que creara una red de agentes en los puntos fundamentales de contacto con las Trece Colonias; además los norteamericanos iniciaron relaciones con autoridades españolas en Cuba. Por aquello de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo, el rey español Carlos III los vio con simpatía y se dispuso a ayudarlos en secreto. Armas y municiones se despachaban desde España para La Habana; salían de aquí con destino a Nueva Orleans y de manera clandestina llegaban a manos de los insurgentes.^{4; 5}

Otra, sin embargo, era la motivante habanera. El conflicto en el Caribe tenía características especiales. Por una parte, bajo los efectos de las concepciones del honor español seguía existiendo la afrenta de la toma de La Habana por los ingleses. Por otra, los nexos e intereses comunes de los comerciantes norteamericanos y habaneros y la vinculación económica de los productores azucareros con el mercado norteamericano creaban un nexo bilateral entre La Habana y las Trece Colonias. Por estas razones en La Habana y en las zonas vinculadas con ella, como Louisiana y las Floridas, existían fuertes intereses y sentimientos de simpatía por las Trece Colonias y, en particular, por cualquiera de las formas, incluyendo la militar, de intervenir en el conflicto contra Inglaterra.

Estas relaciones comerciales entre Cuba y las Trece Colonias tuvieron una especial expresión política en el hecho de que las figuras principales de las mismas fueron también figuras determinantes en el financiamiento, aprovisionamiento, espionaje y otras formas de apoyo al movimiento independentista de Norteamérica. Robert Morris, capitán del puerto de Filadelfia y traficante de negros, se convirtió durante la etapa de 1764 a 1778 en el más importante enlace del contrabando legalizado que afectaba más a Inglaterra que a España y que creaba estrechos nexos entre Cuba y las Trece Colonias. La figura más notable en la ayuda de Cuba a las fuerzas independentistas de las Trece Colonias lo fue el comerciante habanero Juan de Miralles, quien se desempeñó como agente del gobierno español ante los rebeldes de Norteamérica. Era Juan de Miralles (Anexo 1) uno de los más inescrupulosos comerciantes y contrabandistas de La Habana. Este venía desarrollando estrechas relaciones desde los tiempos de la ocupación inglesa de La Habana con Robert Morris. En Cuba había surgido la firma comercial Aguirre, Aristigui y Cía., cuyo agente era

Miralles y la cual complementaba sus negocios con los de Morris. Estas relaciones, desarrolladas con anterioridad a 1776, incidieron en varias direcciones, todas relacionadas con el papel de Cuba en la independencia de los Estados Unidos. En primer lugar, las dificultades creadas por Gran Bretaña al comercio de la melaza para la fabricación del «ron antillano» en Norteamérica se convirtió en un problema tanto para los fabricantes de Massachusetts y Rhode Island como para los comerciantes y negreros. Cuba era uno de los más importantes y prometedores abastecedores de esas refinerías. En segundo lugar la apertura del comercio de la isla a los traficantes y negreros de Norteamérica creaba una amplia expectativa comercial entre las dos regiones. Por último, la presencia de un poderoso capital, de ambas partes, comprometido en esas actividades creaba intereses muy específicos al margen de las pugnas entre las metrópolis.⁵

En el propio año de 1776 ya Miralles está instalado en Filadelfia y, de acuerdo con el ministro francés Gerard, inició los contactos con la dirección de las fuerzas insurrectas.

Como el centro militar y económico radicaba en La Habana, se orientó al gobernador de esta ciudad que organizara y dirigiera la ayuda pedida. De esta forma el gobernador de La Habana recibió las primeras órdenes de pasar de las actividades de espionaje y diplomáticas a las de ayuda directa a los colonos insurrectos. En las nuevas circunstancias la Corona le hizo saber a Miralles que en reconocimiento a sus esfuerzos sería nombrado el primer representante y ministro plenipotenciario de España ante las Trece Colonias.⁵

En la primavera de 1779, Carlos III decidió iniciar la lucha y envió a Londres un ultimátum. Seguidamente el monarca firmaba con Francia, en guerra ya contra Inglaterra y que contribuía también con la causa de las Trece Colonias, un pacto secreto en el que se comprometía a sumarse a la contienda si no se satisfacían sus exigencias. Londres no se plegó a los dictados de Madrid y las hostilidades se declararon el 23 de junio de 1779.⁶

Desde que se produce la declaración de guerra el movimiento militar en La Habana fue intenso. A partir de ese momento no sólo se activaron las defensas de la isla, sino que las tropas, tanto regulares como de las milicias, comenzaron a ser preparadas para iniciar operaciones ofensivas sobre las plazas inglesas. A todo lo largo de la década de 1770 se había reajustado el poderío militar de La Habana. Su oficialidad fue renovada y los altos mandos colocados en manos de generales de experiencia indiana.^{5; 7}

El 27 de agosto, dos meses después de la declaración de guerra, el general español Bernardo Gálvez (anexo 2) avanza sobre la Florida. Va al frente de un ejército que conforman criollos de Cuba y suma victoria tras victoria: rinde al enemigo en Manchac, Panmure y Baton Rouge entre el 7 de septiembre y el 21 del mismo mes. Refuerzan sus tropas elementos del Regimiento de Fijos y de los batallones de Pardos y Morenos de La Habana, y con el respaldo de esas nuevas fuerzas ataca y toma Mobile, el 12 de febrero del año siguiente.⁸

Un año más tarde, Gálvez pone sitio a Pensacola y de nuevo acuden en su ayuda tropas habaneras. Las manda esa vez un natural de la Isla, el general Juan Manuel Cajigal, que es el primero en entrar a esa ciudad. Aseguran ambos militares el cauce del río Mississippi, con lo que garantizan el abastecimiento a los rebeldes y arruinan los planes ingleses de cercar por el oeste a los ejércitos independentistas. Por méritos de guerra, Cajigal resultó premiado con la Capitanía General de Cuba, en 1781.

De inmediato inició los preparativos para desalojar a los ingleses de las Bahamas. Con una fuerza habanera de 2000 hombres comenzó las operaciones en ese archipiélago y las culminó el 7 de mayo de 1782 con la toma de Nassau. En tanto que el victorioso Gálvez recibía la misión, con la ocupación de Jamaica, de dar el tiro de gracias al imperio británico en el Caribe. No logró su propósito.

La decidida participación de las fuerzas de Gálvez y Cajigal logró desalojar de todas las posiciones fundamentales en la costa antillana y del golfo de México a las tropas y marina británicas y al obligarles a emplear importantes fuerzas

Navales y militares en estos enfrentamientos, disminuyeron la capacidad operacional de las fuerzas colonialistas en Norteamérica. Todo ello fue posible porque, además del papel jugado por las tropas y milicias habaneras, Cuba mantuvo a expensas de su economía a todas las fuerzas militares hispano habaneras, tanto regulares como de milicias, involucradas en el conflicto y aportó una importante ayuda económica, tanto financiera como comercial y en abastecimientos, al movimiento independentista norteamericano.⁵

El problema más apremiante para los colonos seguía siendo la escasez de fondos y la necesidad de adquirir pertrechos de guerra. En 1780 el Congreso Continental envía a Madrid a John Jay para recabar fondos que la Corona española no pudo del todo satisfacer.

El 22 de mayo de 1781, el general George Washington y su aliado francés, el también general Jean-Baptiste de Vimeur de Rochambeau (Anexo 3), se reúnen en Wethersfield, Connecticut, para planificar las futuras operaciones militares contra las tropas inglesas.⁹

Prevalece el criterio de avanzar hacia el norte, a Nueva York, que permanece ocupada por unas 10 000 casacas rojas bajo el mando de Henry Clinton, el comandante británico de mayor graduación.

Tiempo después le llegó al general Lafayette la información de que un contingente inglés integrado por unos 7500 hombres, bajo el mando de Lord Cornwallis, se encontraba acampado en la aldea de Yorktown, Virginia, cerca del río York, en las colonias del Sur.

Cuando el general Washington conoce la posición de las tropas británicas, decide atacarlas conjuntamente con sus aliados franceses. Esa era su lógica, estratégica y acertada maniobra militar. Pero la realidad era otra. El ejército rebelde que comandaba se encontraba en condiciones deplorables. No había dinero para pagarles a los agricultores las provisiones, y lo que era peor, ni a ellos su paga, por lo que se negaban, casi amotinados, marchar a combatir al sur.⁹

Esta situación calamitosa se presentaba justamente en el año en que mayores éxitos obtenían las tropas hispanohabaneras en la zona sur de Norteamérica.

Por aquel entonces, 16 de julio de 1781, arribaba a la colonia francesa de Cabo Haitiano una flota procedente de Brest, integrada por 23 fragatas bajo el mando del Almirante Francois Joseph Paul De Grasse (anexo 4). La situación crítica de las fuerzas independentistas y sus aliados franceses, se observa ya en las misivas que el general Rochambeau le dirigió al almirante De Grasse. Este último solicitó ayuda a la Corona gala, pero esta no pudo enviar nuevas sumas de dinero ni de hombres, por lo que De Grasse solo pudo hacer lo que estaba en sus manos: reclutar una fuerza de 3000 haitianos para reforzar al Ejército Continental de Washington.¹⁰

La crisis económica del ejército independentista se agravó en los meses subsiguientes. Los dirigentes independentistas norteamericanos se dirigieron al gobernador de Cuba. La vía, por supuesto, era el nexo Morris-Miralles. El “financiero de la revolución” conocía, desde meses antes, la situación creada, debido a que Washington le había solicitado urgentemente la cantidad de dinero que por vía de Rochambeau se le había solicitado a De Grasse. Así las cosas, todo parece indicar que tanto Washington como Morris ya se habían dirigido a Miralles para que este obtuviera la suma necesitada. Por lo que cuando De Grasse se puso en contacto con el victorioso general cubano Cajigal, la crisis económica del ejército de Washington ya se conocía en La Habana a través de la red que había creado Miralles, al que la muerte sorprende en estas gestiones.

Por su parte, Cajigal le encomendó a uno de sus más cercanos colaboradores, amigo íntimo y ayudante personal, el venezolano Francisco de Miranda, que activase todas las posibilidades de la ciudad para reunir la cantidad solicitada. Además, envió a Miranda a ver a Washington, con una carta personal, para conocer la situación real y ultimar los detalles que harían posible la ayuda. De regreso, el venezolano se dedicó a reunir los recursos que hacían falta. Se sacaron cantidades de los fondos de la isla y se inició una recaudación pública en la cual las damas habaneras entregaron parte de sus joyas para contribuir a la

causa independentista norteamericana. En total se reunió la cifra de 1 800 000 pesos de ocho reales.^{11; 12} A través del gobernador de Santo Domingo, quien servía de contacto entre La Habana y el almirante De Grasse, se le comunicó la existencia de tal suma. En los últimos días del mes de julio de 1781, el marino francés decidió desviar la fragata *Aigrette*, en la cual viajaba el oficial Saint-Simon (anexo 5), para La Habana, donde este debía entrar en contacto con Francisco de Miranda para recibir la cantidad acordada.¹³

La flota del almirante De Grasse partió de Haití el 5 de agosto de 1781. Nueve días después, se le unió la *Aigrette* a unas tres leguas al norte de la ciudad cubana de Matanzas y el 25 del mismo mes, Rochambeau recibía la ayuda cubana. Con el dinero reunido en La Habana pudo pagarse a las tropas, cubrir gastos de abastecimiento e iniciar el avance contra las fuerzas del general británico Cornwallis en la región virginiana de Yorktown. Si la flota francesa desempeñó un importante papel al impedir la llegada de refuerzos al jefe inglés, ello era así porque las otras vías de abastecimiento se habían cortado por Cajigal y Gálvez. Después de varios días de combate, las tropas británicas se rindieron. Entre los refuerzos que recibieron el Ejército Continental de Washington y las tropas francesas de Rochambeau, estaban los batallones de pardos y morenos de La Habana, los cuales también se destacaron por su valor en estos combates.¹⁴ El 31 de octubre de 1781, se firmaba la capitulación inglesa de Yorktown. No fue el final de la guerra, pero esta decisiva victoria, dejó expedito el camino de la independencia.

Aún después de la victoria de Yorktown, Cajigal siguió con sus acciones militares contra los ingleses. Para ello, de nuevo contó con su amigo y ayudante Francisco de Miranda a quien le encomendó la misión de trasladarse a Jamaica y efectuar allí toda una amplia labor de espionaje con vista a atacar esa importante posesión inglesa en el Caribe.^{5; 10}

A partir de entonces, Londres optó por la finalización de la guerra. Americanos e ingleses entablaron negociaciones que pronto cristalizaron en unos preliminares de paz. El 3 de septiembre de 1783 se firmó por todos los contendientes la paz

definitiva en Versalles. Gran Bretaña reconoció a sus antiguas colonias como estados libres, soberanos e independientes. Las fronteras de los nuevos estados quedaron fijadas en el paralelo 32 en el norte y el Mississippi por el oeste. Londres conservó todavía el inmenso territorio del Canadá, pero hubo de ceder a Francia las islas de Tobago y Santa Lucía en las Antillas. Los españoles recuperaron la península de la Florida y la isla de Menorca, resarciéndose de pasadas derrotas.¹⁵

La guerra de independencia norteamericana cerraba el conflicto hispano-británico del siglo XVIII no solo con la pérdida para el imperio inglés de sus colonias de Norteamérica, sino también con un elemento decisivo en la historia del Caribe. Aquí, los británicos no lograron lo que en Gibraltar; aquí, en el Mediterráneo americano, salvo algunas de las Antillas Menores, Jamaica y una pequeña porción de Centroamérica, fueron desplazados de todas las plazas y enclaves determinantes para la producción y el comercio. En el Caribe, la victoria fue hispana y particularmente habanera. Al margen de los intereses imperiales, surgía una nueva historia, o una nueva fase de una historia, en la cual la relación Cuba-Estados Unidos pasaba a un creciente primer plano, mientras que la rivalidad inglesa-española tomaba rumbos esencialmente europeos.¹⁰

Lo anteriormente plasmado reafirma que entre las fuerzas que se aunaron para el desenlace de la guerra y la victoria de las colonias inglesas, las aptitudes militares y el respaldo económico que cubanos y cubanas brindaron, fueron imprescindibles. Por tanto, merecen ser recordadas en cada año transcurrido desde este hecho.

Conclusiones

La lucha de los rebeldes norteamericanos para finalmente liberarse de la potencia inglesa que tanto los limitaba logró su objetivo, luego de varios años de victorias y de dificultades en los que sin lugar a dudas existió contribución española y junto a esta, más que contribución, ayuda incondicional tanto en el campo militar-estratégico como en el económico desde un pueblo americano –el cubano- hacia otro –el norteamericano-, determinante en la culminación victoriosa del proceso.

Referencias bibliográficas

1. Torres-Cueva E. La Habana, 1762: ingleses, españoles y criollos. Revista final BNCJM. 2013; Jul; 2: 46-66.
2. Departamento de enseñanza militar. Antecedentes de la política anexionista del gobierno yanqui como amenaza a la seguridad nacional de Cuba. La Habana: InSTEC; 2018.
3. Ramírez Cañedo E. Un auxilio silenciado: Cuba en la independencia de los Estados Unidos [en línea]. La Habana: Cubadebate; 2015; [accesado 29 Dic 2019]. Disponible en: <http://www.cubadebate.cu>.
4. LAZ. Cuba tuvo importancia en la independencia de las Trece colonias norteamericanas [en línea]. La Habana: Juventud Rebelde; 2017; [accesado 20 Ene 2019]. Disponible en: <http://www.juventudrebelde.cu/columnas/lecturas/2010-01-23/una-ayuda-olvidada>.
5. Torres-Cueva E. Cuba y la independencia de los Estados Unidos: una ayuda olvidada. La Habana: Universidad de La Habana; 2006.
6. Instituto de Historia y cultura naval. España y la independencia norteamericana. Madrid: Ministerio de Defensa; 2015.
7. Torres-Cueva E. Un conspirador de ébano en tiempos de tormentas. La Jiribilla. 2012.
8. Nación y emigración.cu. Habaneros ayudaron a la independencia de Estados Unidos [en línea]. La Habana: Nación y emigración.cu; 2012; [accesado 20 Ene 2019]. Disponible en: <http://www.nacionyemigracion.cu/content/habaneros-ayudaron-la-independencia-de-estados-unidos>.
9. Xiqués Cutiño D. Cuba sí contribuyó a la independencia de Estados Unidos [en línea]. La Habana: Granma; 2018; [accesado 20 Ene 2019]. Disponible en: <http://www.granma.cu>.
10. Torres-Cueva E. En busca de la cubanidad. La Habana: [s.n.]. 2010.
11. García Moreno ML. 4 de julio: la solidaridad en la guerra de independencia de Estados Unidos [en línea]. La Habana: José Martí.cu; 2014; [accesado 20 Ene 2019]. Disponible en: <http://www.josemarti.cu>.

- 2019]. Disponible en: <http://www.josemarti.cu/4-de-julio-la-solidaridad-en-la-guerra-de-independencia-de-estados-unidos/> .
12. Fernández Soneira T. Mujeres de la patria. Contribución de la mujer a la independencia de Cuba. Miami: Ediciones Universal; 2014.
 13. Depestre Catony L. Conde Saint Simon [en línea]. La Habana: Habana radio.cu; 2012; [accesado 20 Ene 2019]. Disponible en: <http://www.habanaradio.cu/articulos/conde-saint-simon/>
 14. Lima Díaz E. Cuba libre. La utopía secuestrada. La Habana: Verde Olivo; 2015.
 15. Boletín oficial del Estado. La administración de Cuba en los siglos XVIII y XIX. Madrid: Centro de estudios políticos y constitucionales; 2017.

Anexos



1. Juan de Miralles



2. Bernardo Gálvez



3. Rochambeau



4. De Grasse



5. Saint-Simon